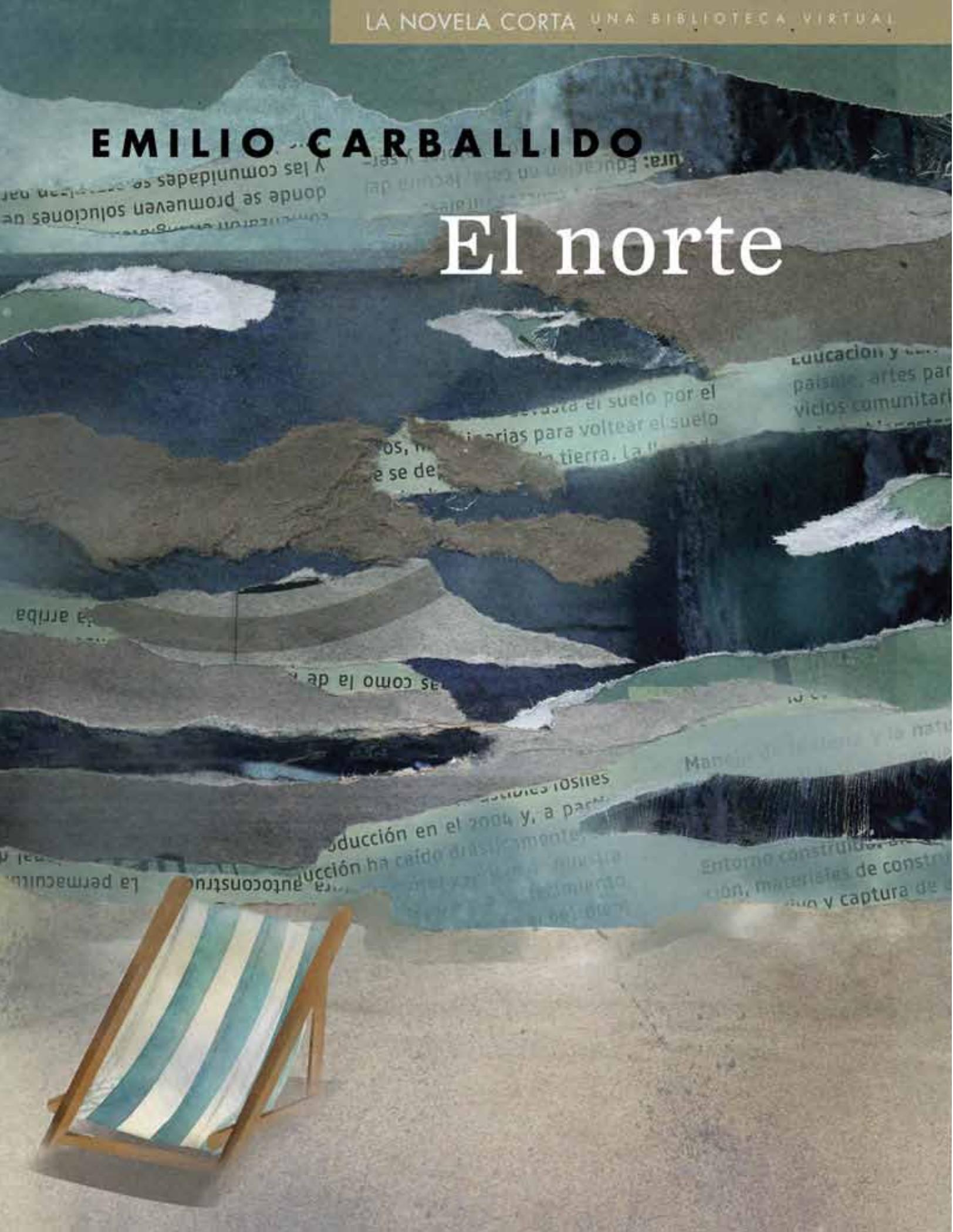


EMILIO CARBALLIDO

El norte



COMUNITARI EN...
donde se promueven soluciones de
y las comunidades se...

ura: Educación en...
la...

evasta el suelo por el
os, m...
e se de...
... para voltear el suelo
... la tierra. La...

educación y...
país... artes pa...
vicios comunitari...

la arida

as como la de

Manejo de... y la natu...

...osiles
...ducción en el 2004 y, a par...
...ucción ha caído drásticamente...

La permacultu...

...ra autoconstru...

Entorno construido...
...ción, materiales de constru...
... y captura de...

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

El norte

© Herederos de Emilio Carballido

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 1967212102942869296



No se permite descargar ni imprimir esta obra.
Hecho en México.

Índice

- I. Más que del motor, el ruido de la gente... 5
- II. Aristeo Sanabria tenía que sostener... 15
- III. El periódico anunció luna llena... 23
- VI. En efecto, trajeron café. 33
- V. Isabel despertó a las 9. 37
- VI. Las almohadas habían quedado... 41
- VII. El mar seguía picado y sucio. 47
- VIII. De momento no supo qué hacer... 55
- IX. Tomaban café con leche en los portales... 63
- X. Con el ropero abierto... 73
- XI. Estaban alegres con las copas. 77
- XII. Los dos venían llenos de sudor. 83
- XIII. Aristeo había llegado temprano. 91
- IX. Despertaron en un día gris... 95
- XV. Cuando llegó a desayunar... 101

Más que del motor, el ruido de la gente hizo que Aristeo se volviera. Había estado viendo al mar, tan quieto, y al cielo, blancuzco o plateado. Exactamente sobre su cabeza brotó un haz de sol, tan pálido como el que vería un convaleciente. Y, sin embargo, aquellos tipos cantaban y se reían. Una mujer robusta gritaba a cada tumbo del barquito; eran un grupo descarado y profano; probablemente extraños un momento antes, se habrían vuelto íntimos en dos minutos, el tiempo que tardaron en salir del muelle para empezar a internarse en el mar. 5

Aristeo pensó en aquel cuadro que Isabel compró para la sala: un fastuoso jardín, damas de peluca y señores llenos de encajes abor- dando un botecillo enflorado, mientras muchos cupidos les revolotean en torno. Lo recordó por contraste, viendo *La Negra* (leyó el nombre en

un costado) que daba tumbos, llena de gordas ceñidas y prietos con guitarra, con el motor pedorreando incesante, alegremente.

6 Se puso triste. Él también habría querido ir a la isla de Sacrificios. Habría querido conocer una isla y formar parte del grupo que pasaba flotando frente a él, tan cerca que casi lo invitaban a unírseles de un brinco. Ahora ya no: iban alejándose, rumbo a la bocana, con un ritmo excitante de sube y baja que por un momento despertó en Aristeo asociaciones obscenas. Luego volvió a pensar en islas, como sitios con palmeras y nativas en *sarong*. Silbó la canción que cantaban en *La diosa de las islas*. Después, miró su reloj, nuevo y barato: ya era hora de regresar. Isabel bordaría en el patio enmosaicado de la casa de huéspedes, platicando con la patrona pajonuda mientras lo esperaba. Caminó despacio, de todos modos, viendo los grandes bultos que descargaban de un lanchón.

—¿De dónde viene?

—De Campeche —y el cargador corrió hacia otro punto, a recibir otra caja.

Aristeo se dio la vuelta. Ya era tarde, debía esperar el tranvía. Sin quitar la vista del mar, caminó hasta la parada. Deseó que viniera uno de esos carros abiertos, tan novedosos para él, sin puertas ni paredes. Vino uno cerrado, viejo y traqueteante, lleno de gente ruidosa. Se le alargó el trayecto, pensando en el gesto agrio que tendría Isabel. Vio la parada demasiado tarde (todavía no sabía orientarse y no le gustaba preguntar); bajó de un salto, corrió, apurado. Antes de llegar a la casa de huéspedes refrenó el paso, respiró profundamente: entró.

—¿Ahí está mi tía?

—Ahí ejtá ejperándolo —así sonaba, y la patrona sonrió mientras dejaba salir la frase con una pereza musical. (Ese sonsonete de los jarocho se metía por las orejas con tanta insistencia

que luego, sin darse cuenta, ya estaba uno cantando también.)

8 Ahí estaba Isabel, bordando, sentada en una mecedora, bajo la estrella inmóvil del ventilador. No tenía muy mala cara, ni hizo mención de la demora.

—¿Qué hiciste toda la mañana?

Aristeo se sintió culpable y cohibido. “Toda la mañana”.

—Fui a caminar, fui al muelle. ¿Ya vamos a comer?

—Ya. Deja que me arregle —aunque estaba meticulosamente arreglada, con el pelo subido, lleno de rizos, y estrenando la nueva peineta de carey. Se había pintado un poco: no sólo la boca fina, también los pómulos agudos lucían un ligero barniz. Calmosamente, dejó el bordado sobre las piernas, lo vio a la cara—. ¿Nada más fuiste a caminar?

—Sí, nada más. Se me hizo tarde. (Claro, para qué lo había dicho.)

—Eso veo.

Entró la patrona.

—¿Por qué no se llevó a su tía a pasear?

—Yo fui la que no quiso salir.

—Pues la vi tan arreglada, que pensé...

En efecto, el vestido, serio y todo, hablaba de cosas más allá de la rutina diaria. Más que anticuado era sin época: nunca había estado de moda, ni lo estaría.

La patrona reprochó a Aristeo:

—Pobrecita, no la deje aquí encerrada.

—Y—: Si no van pronto, se va a acabar la comida, ¿eh? Y está muy buena: ropa vieja —todo esto canturreado, lleno de jotas y aspiraciones, con algunas sílabas menos.

La vieron contonearse, escaleras arriba.

—¿Vamos a comer? —preguntó Aristeo.

—¿No te vas a poner el saco?

—Sí.

Se dirigieron al cuarto. Habían tomado uno con dos camas. Cuando llegaron, hacía una se-

mana, Isabel lo puso a su propio nombre, firmando elaboradamente, con gran rúbrica retorcida: Isabel Áyala Vda. de Díaz, Aristeo habría querido firmar él, pero permaneció quieto mientras la patrona preguntaba:

—¿Con dos camas?

—¡Naturalmente! —Isabel sonrió, le acarició maternalmente el pelo—. Ya está muy grande el muchacho.

Él se rió de lado, enrojeció un poco. Les dieron el número 7, a la calle, planta baja. Era bastante pobre, sin llegar a sórdido. La ventana tenía unos visillos raídos y limpios; las camas, de lata, lucían sendas colchas descoloridas. Había una palangana sobre un tripié, con dos toallas minúsculas, y los burós ocultaban la miseria abollada de las tazas de noche.

Ahora, la llave se había atorado, e Isabel se la quitó, impaciente.

—Dame.

Una hora más tarde. Disimuladamente, mientras ella forcejeaba con la chapa, él atrasó el reloj. Así podría disculparse si ella reiniciara algún reproche.

—¿Por qué no quisiste ver el mar? —deseaba subrayar que había salido solo por culpa de ella.

—Ya lo he visto bastante. ¿Se está quitando el norte?

—Parece que sí —mintió Aristeo, pues había oído lo contrario—. Hasta salió un poco el sol —temía que Isabel quisiera regresar a México, harta de nubes, vientos y lloviznas.

La puerta cedió y entraron al cuarto. Él se vio al espejo, y se alisó el pelo; minuciosamente erigió un copete, modeló una onda al lado, admiró el efecto; ensayó una sonrisa con todos sus dientes anchos. Habría querido tener un bigote espeso, pero apenas le brotaba una sombra, que ni retocándola podría parecer un verdadero bigote.

—¿Ya acabaste? —la pregunta era burlona.

Se sonrojó.

—Ya. Vámonos.

—¿Qué horas tienes?

12 No supo qué hacer. ¿Lo habría visto atrasar el reloj? La vio a la cara: lo había visto, ahora lo sabía, ésa era su cara de poner trampas.

—¿Para qué quieres saber?

—¿Para qué quiero saber? Te pregunto la hora.

Se adelantó para salir, y ella lo detuvo.

—Suéltame, oye —se sacudió, el corazón latiéndole fuerte, con el miedo y la humillación que la violencia absurda de Isabel le producía. Ya sabía lo que venía—. Suéltame, Isabel.

Y ella, brusca, le torció la mano, casi como lo haría un luchador profesional, le dobló el brazo hacia la espalda.

—¿Atrasa tanto tu reloj? —burla y rabia tranquila, así era ella.

—Mira, suéltame. Un día te voy a dar un fregadazo —quería ser brusco, macho, pero tenía los ojos húmedos.

—Dámelo, anda, chamaco tonto —le doblaba más el brazo, pero su voz se volvía tierna—. No me engañes nunca. Haz lo que quieras, pero no trates de hacerme tonta, chamaco.

13

Le torció el brazo más aún, y él tenía que inclinarse hacia atrás, para evitar el dolor. Así cayó su cabeza sobre el hombro de ella.

—Yo no te engaño.

—Bueno, niño. Ojalá sea cierto. Nunca lo hagas —Isabel de voz gruesa, con tesitura hombruna y matices maternos.

Así lo besó en la boca, con ternura y deseo, sin aflojar la muñeca que torcía.

—Ya suéltame, ¿no?

Lo soltó. Volvió a besarlo, ahora de frente, varias veces.

—Se va a acabar la comida, oye.

—Que se acabe —y empezó a desabotonarle la camisa.

Aristeo Sanabria tenía que sostener, en parte, los gastos de su familia. El padre, decían, había muerto. En realidad, esta versión la creía solamente la más chica, y puede que ni ésa. Aristeo recordaba, cuando menos, dos papás diferentes, y ninguno era el suyo. Aristeo no era el mayor, ni el más consentido. Había una hermana casada, la mayor, y otra sin casar, la más joven: la güera. Había un hermano menor, Florencio, y una hermanita, Hada, la favorita de todos. A la casada poco la veían, vivía en Ejutla, se dejaba venir a veces para el 15 de septiembre. La güera, Dora, era coqueta; andaba con todos los del mercado y según la comida diaria se sabía el estado de sus asuntos amorosos. Lo mejor fue cuando anduvo con el carnicero; con el hijo de la verdulera, un muchacho muy guapo, duró varios meses, y casi volvió vegetariana a la familia. A Florencio

le encantaba vestirse de mujer, y a veces le daba por contonearse más que la hermana. Era muy bueno, el consentimiento de la mamá, y tenía con ella larguísimos conciliábulos que nadie más oía. Una vez lo metieron a la cárcel; salió a los tres días y contó las cosas más cómicas del encierro. No explicó por qué se lo habían llevado, pero todos lo sabían. Aristeo fue el único que lo regañó, y las mujeres lo defendieron:

—Pobrecito, a cualquiera le pasa.

—A mí no —dijo Aristeo.

—¿Y el día que te peleaste? Ya te andaban llevando. ¿Y el día que te robaste el queso?

—Pero no me agarraron.

Eso. A la cárcel, claro, pueden meter a cualquiera, sin ningún motivo o por las causas más banales. La naturaleza de cada quien está llena de elementos dignos de encierro, la familia lo sabía, y la ley es dispareja: el pleito con la vecina, el beso en el zaguán, el queso escamoteado, todo, orinarse, gritar, jugar pelota, son gérme-

nes de cárcel que pueden incubarse o no. Es nada más un mal premio, es una enfermedad vista por el enfermo. Sólo queda ser hábil, no dejarse agarrar.

Vivían en Tepito, en la Plaza de Fray Bartolomé. Tenían una pieza para todos, salían directamente a un mercado enorme, que se extendía por cuadras y cuadras, lleno siempre de objetos robados y de incidentes sangrientos. Vivían mal, pero nunca habían vivido mejor; estuvieron más a gusto cuando Aristeo empezó a trabajar vendiendo dulces en el cine Mina.

■ ■ ■ ■

Isabel se había casado a los 14 años. La casaron por dinero, como en las novelas antiguas, pero ella aceptó, feliz, porque el marido era militar, guapo y maduro.

Cuando se casaron, era coronel. Murió siendo general, el general Díaz, y él aseguraba ser sobrino del viejo Díaz, el dictador, a quien te-

nían colgado en efigie, regiamente enmarcado, en la pared principal de la sala.

18 La noche de bodas, Isabelita tuvo miedo. Aquélla era la alcoba de la primera esposa: el oro de la gran cama brillaba en la penumbra. El marido encendió todas las luces; la ayudó a desnudarse y ella lloró de vergüenza. Después la violó.

La dejó enferma y resentida. Al otro día huyó a la casa de sus padres y no volvió en todo un mes. Tardó mucho más de un año en sentir algún placer con el esposo; le tenía miedo. Él quería hacer constar que era macho; trataba de disimular su edad declinante con excesos que primero abrumaban y después aburrían a Isabel. A veces él se enfurecía: “Pareces gringa, ¿no quieres leer mientras el periódico?” Después cambió de táctica: le trajo novelas pornográficas, y a ella le encantaron. Le trajo colecciones de estampas, que ella no se cansaba de ver. El resultado, sin embargo, fue desolador: Isabel prefería leer a dormir con él. El máximo progreso fue que aprendió a

decir malas palabras y a platicar libremente con las mujeres de otros militares.

19 Con el tiempo lo quiso; se identificó mucho con él, casi lo amó. Le perdonó las borracheras y le toleró con resignación una enfermedad venérea. Él envejeció pronto. Duraron casados 22 años, y los últimos diez fue más un padre que un esposo. Ella conservó las delicadezas que le inculcó la madre. Leyó muchas novelas, bordó muchos tapetes, se cosió todos sus vestidos. Cuando él murió se quedó en un vacío que poco a poco fue llenando el cine. Abandonó las amistades del ejército, o éstas la abandonaron. En dos años se quedó prácticamente sola, viendo tres películas diarias y bordando un mantel, o una colcha, cada quince días. Entonces conoció a Aristeo.

■ ■ ■ ■

El trabajo en el cine no era malo. Se podían ver las películas, y eran tres diariamente. No gana-

ba mucho, pero algo se hacía. Podía dar en la casa y esconder una parte para sí. Le gustaban los programas en technicolor, especialmente los de piratas. Las historias de amor lo aburrían, y se salía a jugar volados en el vestíbulo del segundo piso, o se quedaba ahí, pensando cosas, o dormitando. Ahí, desde un rincón, podía ver escenas curiosas, pactos obscenos.

A la señora aquella, de aspecto decente, ya la recordaba. La había visto sola, varias veces; le había vendido muéganos y sabía que no buscaba hombre. Ahora la vio empujar la puerta de “Damas” y entrar. Pasaron unos instantes y algo, sin motivo, lo hizo pensar en un peligro. Caminó hasta la puerta y escuchó. Espió por la rendija y vio la escena: había un hombre de aspecto feo, borracho probablemente, e Isabel lo veía desde un rincón, muy espantada, con vergüenza de gritar pidiendo auxilio. Aristeo entró, y sin decir nada, le pegó al hombre un buen golpe en el estómago. El otro gimió y salió en silencio. Y ahí

quedaron los dos, todavía callados, jadeando y respirando el aire impregnado de orina y desinfectante, sin que se oyeran más que las enormes voces, distorsionadas y lejanas, de la película.

—Muchas gracias.

Él dijo que mejor se salieran de ahí. Ya afuera, ella encendió un cigarro y dio otro al muchacho. Quería darle dinero, pero no traía. Halló, en cambio, una tarjeta.

—Mire, aquí vivo. Me gustaría... —le dio pudor decir “gratificarlo”— que tomáramos un café. Si gusta venir... Y así podría agradecerle como es debido...

Ella quiso sugerir la recompensa económica. Él entendió una recompensa carnal, y le pareció muy apetecible, porque aquella vieja todavía estaba buena.

Aunque Aristeo no era virgen, no tenía más de dos o tres experiencias. Así que el pecho le palpitaba fuertemente cuando tocó el aldabón. “¡Qué casota!”, pensó. Abrió una anciana, la

única criada, y le cerró primero, para después hacerlo pasar.

22 La sala le pareció muy lujosa, con tantos objetos y con aquel gran retrato de Porfirio Díaz. Aquella casa, un poco de dinero en el banco y la pensión de viuda era todo lo que el marido le había dejado a Isabel. Ahora, poseyéndolo, parecía muy poco esto que tanto había interesado a sus padres.

Tardó un poco en salir. Al fin apareció, muy arreglada.

Aristeo tenía un retrato en las manos. Se cohibió.

—Buenas tardes. Siéntese.

—Buenas tardes.

—Aquí mejor, en el sofá. ¿Estaba viendo el retrato? Era yo, pero hace muchos años. Ahora van a truernos café.

3

El periódico anunció luna llena para esa noche, y, como en los demás espectáculos, dio la hora exacta en que debía principiar. Aristeo fue a verla salir. Isabel se fue al cine. 23

En la Plaza de Armas una multitud daba vueltas, los hombres en un sentido, las mujeres en otro. Había barullo, parecía día de fiesta, y todo porque después debía tocar la banda. El aire, fresco, sabía salado.

Aristeo dio dos vueltas, viendo descaramadamente a las muchachas; le sonrió a alguna, con todos sus dientes anchos. Después se sintió solo, de repente, y aburrido. Alguien le habló: “adiooooj”. Alcanzó a verla, iba en sentido contrario, una muchachita de senos pequeños y saltadores, pelo pajonado. ¿Quién era? La perdió de vista. La conocía, pero no esperó a encontrarla otra vez; se fue al muelle.

Ahí estaba el mar, lleno de sonidos cavernosos e hipnóticos. Se fue por una orilla de cemento iluminado y desierto, una cinta larga de ace-
 ra en que los postes de alumbrado acentuaban la perspectiva, haciéndose cada vez más chicos, mientras la extensión negra permanecía allí junto, llena de hervores. Un mulato joven pasó con-
 toneándose y sonriéndole, y Aristeo se acordó de su hermano, y de su madre. Después pensó en Isabel, pero el mar no dejaba pensar, era lo único ahora, tenebroso, impredecible, lleno de movimientos que apenas se adivinaban por los pequeños fulgores de la espuma.

Ahora estaban ahí las barquitas, tirando de sus amarras, subiendo y bajando. Reconoció a *La Negra*; alguien, un muchacho, dormía dentro.

Vino la zona de los cargueros, un muelle largo y oscuro, lleno de bultos enormes y de lonas. En los rincones se movía gente, se oían ronquidos, murmullos. En un barco de dos pisos, había luz,

y varios hombres acodados, viéndolo. En otro, más chico, sólo había un farol que asentía constantemente, y adentro una voz dulce cantando una canción yucateca. Luego seguían varios lan-
 chones; vio la altura de los palos y su vaivén, tan medido como el de un metrónomo.

Hasta aquí no había llegado antes: seguía un camino increíble: angosto como la pasarela de un teatro, se internaba en el mar y se desvanecía en las tinieblas estruendosas. Era pavoroso y tentador. Al final brotaba la chispa intermitente de un faro. Daba tanto miedo que Aristeo sonrió y emprendió el camino.

Alejándose de la orilla, comprendió que era realmente angosto, resbaladizo, lleno de charcos. Primero, no veía nada; traía los ojos llenos con la luz del muelle. Ahora, distinguió dos bultos abrazándose; hasta creyó oír un beso. Siguió adelante. Allí había otra forma oscura, que se dividió en dos mientras él se acercaba; oyó que respiraban agitadamente. Siguió avanzando. En

el suelo había movimientos, cangrejos, criaturas anfibias que chapoteaban y corrían entre sus pies: distinguió uno, y otro, saliendo de un charquito. Las olas brincaban a uno y otro lado. Se le encogió el corazón cuando vio el gran manazo, a palma abierta, que aquella ola daba frente a él. “Me habría arrastrado”, pensó, pero sintió sabroso el miedo, “aventura”, y siguió adelante.

Ahora veía mejor. La pasarela no parecía tan oscura, y el faro, terco, pasaba y pasaba la luz encima de él. El horizonte empezó a aclararse. Los bordes de algunos nubarrones cambiaban de café a color de rosa. “Va a salir la luna”, pensó, y apresuró el paso. Entonces vio la nave, despidiendo tanta luz como si estuviera incendiada; venía llegando al puerto y una minúscula embarcación la traía de la mano. Aquella imagen, por algún motivo, le oprimió el estómago. Entonces corrió para acercarse.

Llegó al faro. Subió la escalera, ya estaba al pie de la torre, y en el borde mismo de una pla-

taforma. Vio al barco avanzar en el charco vibrante de su propia luz, como un animal herido que flota desangrándose.

Al fondo apareció entonces la luna: primero un borde, pero ascendía, era una gran esfera, estaba hecha de un material pulido y luminoso, esmerilado; roja y húmeda, brotaba como un globo que se escapa, llena de luz por dentro.

Aristeo trataba de ver todo, de abarcar todo. También olía la sal, sentía el viento, y el mar lo salpicaba y hacía muecas en lo oscuro.

—Viene de Portugal.

Dio un salto. Esperaba todo, menos una voz. Se volvió y distinguió a alguien en la sombra: era un hombre. Buscó, por ver a quién se dirigía: no había nadie más. Y el otro dijo:

—¿Quiere un cigarro?

—Gracias —lo aceptó, cohibido.

—Encienda con el mío, hay mucho viento.

Ya fumando, lamentó la presencia del otro, como si le impidiese disfrutar de alguna cosa.

Decidió no hacerle caso; le volvió la espalda y el otro siguió callado.

28 Ya estaba entera la luna, y seguía subiendo. La nave, una sombra dentro de un halo, estaba próxima a atracar. Contó las estrellas: seis, siete, ocho, había catorce en todo el cielo. Las nubes se movían mucho, se arremolinaban, tomaban colores que él nunca les había visto. ¿Sería siempre así? ¿Habría siempre todo aquello?

El silencio del otro empezó a hacerse evidente. Tal vez ya se había ido. Se volvió a ver: ahí estaba. Era un joven, flaco, o sería que aquel saco de marino era para otro cuerpo.

—Hermoso, ¿verdad?

—Sí... —Aristeo no se habría atrevido a usar la palabra “hermoso”. En la cabeza repetía: “jijo, jijo, jíjole”, y aun llegaba a murmurar: “qué brutto”. “Hermoso” parecía cierto, pero le molestaba.

—No puede uno ni hablar.

Gruñó:

—Mh.

También era cierto, pero sonaba mal, con un timbre antipático. Siguió viendo. Algo había cambiado. Ahora estaba incómodo y decidió irse. Trató de ver todo como hacía un momento: algo era distinto, ya no había más que un mar oscuro y un cielo de norte. “Qué pinche cuate éste”, pensó. ¿Por qué le molestaba? No lo entendía bien pero era como si a la mitad de una conversación muy íntima se presentara un extraño, justo cuando iba a decirse lo esencial. “Hay que volver al faro este”. Pero sin nadie más.

—Bueno, nos vemos —dijo.

—Vámonos —dijo el otro. Y empezó a caminar con él.

Ahora el camino se veía claramente, larguísimo, hasta ser un punto al llegar a la orilla. Las olas brillaban con desgano.

Anduvieron en silencio. Aquél no hablaba, le había dado un cigarro... “Ha de ser joto”. Aristeo, molesto, esperó el siguiente avance del otro para decirle que no.

—¿Usted estudia?

—No.

—Pensé que sería pintor. Yo escribo.

—Ah.

—Pinto a veces, pero mal. Escribo bien.

—Ah.

—¿Usted, no pinta?

—¿Yo? —“qué cuate tan chistoso”. Pero no movió la cara ni alzó la vista—. No, yo no. —Se sintió más comunicativo—: Vine de vacaciones con mi... —vacilación imperceptible: “¿mi querida, o mi qué?”— tía.

Era el final del camino. Siguieron juntos. Saltaban las cuerdas, pero no hacían caso de los cargueros.

—Yo vengo de paso, desde Nueva Orleans. Estuvimos en Florida, y en La Habana. Luego vamos a Mérida. En un velerito.

—¿Un qué?

—Un velero.

Lo vio con desconfianza.

—¿En un barco de velas? ¿Y ahí andan, y viajan?

—Claro. ¿Nunca se ha subido en uno?

—... No.

—¿Quiere ver el velero? Vamos.

Vio la hora: era increíblemente tarde. Dudó.

—No puedo... Mi tía... —y cortante—: No puedo.

Se le transparentaba la codicia en la voz.

—¿O quiere mañana?

—¿Sí? ¿Mañana?

—Claro. ¿No quiere?

—Pues sí —lo vio francamente, se medio sonrió.

—¿A las once? Porque yo me levanto tarde.

—Bueno, ándele. A las once. Y qué, ¿cómo voy a verlo, o qué?

—Pues... Aquí. Está de aquel lado. ¿Ve aquella luz?

Vio un punto que oscilaba en el agua.

—Esos somos nosotros.

Lo intrigó el plural, pero no preguntó. Se despidieron.

32 Caminó ligero, excitado. Se volvió, y allá seguía él, todavía, junto al último poste.

“¿Me verá?”

El otro agitó la mano, pero Aristeo no respondió.

En efecto, trajeron café. Después, la criada vieja 33 pidió permiso para irse. Lo obtuvo, y sin embargo, vaciló. Se quedó en la puerta, viendo a Aristeo, y pareció que iba a decir algo. Al fin, enchuecó la boca y se fue.

Isabel hablaba de películas, del arreglo de la sala, que él había elogiado. Estaba contenta con el muchachito serio y preocupado, le caía bien y se preguntaba qué estaría pensando. “Pensará que cuánto voy a darle”. Ya había puesto los billetes, veinticinco pesos, en un sobre, para deslizárselos cuando lo despidiera. Lo observó: era bonito. No, era feo. Era... Qué curioso. Tenía cara de chamaco y gestos de chamaco, y después se endurecía y fruncía el ceño. “Parece boxeadorcito”.

Él no pensaba en dinero, sino en quién iniciaría el asalto. “¿Ella o yo?” Y ella no parecía

urgida, hablaba y hablaba, y él decía sí, o no, pensando en que tal vez fuera bueno agarrarle una pierna. Tanto lo pensó que de repente lo hizo, bruscamente, y ella gritó y regó el café. Él se avergonzó, sacó un gran paliacate muy limpio y se puso a secarle la mancha. Ella empezó a reírse como loca, porque había entendido lo que el muchacho quería. De repente, vio todo con los ojos de él, la viuda lujuriosa seduciendo al mancebito. La situación parecía salida de una novela de Paul de Kock, o de alguien así, ridícula y excitante. Sí, excitante. De pronto se sorprendió viendo en la boca del escuincle su bozo. Tuvo pánico: era un hombre. Y vio el miedo y la indecisión y se compadeció: era un niño. El niño, de pronto, le apretó los senos y ella volvió a gritar, sorprendida, y volvió a reírse de su propio grito. Así acabaron en la recámara, porque ella se negó a que todo pasara en el sofá.

Dormitaron un poco, y al abrir los ojos la habitación estaba amoratada y él se había acurru-

cado contra ella y le pasaba una pierna sobre el vientre. Isabel empezó a darse cuenta de lo que había gozado. De algo peor: de que había tenido intimidad y compañía con aquel niño. Él abrió los ojos, con una seriedad que daba miedo. La vio fijamente, le dio un beso y se acomodó mejor contra ella. “Como un animalito, como un niño”.

—Chamaco: no te vayas.

Él dijo “no” con la cabeza y volvió a acurrucarse. De pronto se sentó en la cama.

—Tengo hambre —dijo.

Y ella:

—¿Cómo te llamas?

—Aristeo, ¿y tú?

—Isabel. ¿No viste la tarjeta?

—Sí, pero no me acordaba.

Cenaron en la cama, ella con una bata, él desnudo. Llenaron todo de migas y tuvieron que sacudir las sábanas y volver a tenderlas. Pasaron la noche juntos y en la madrugada volvieron a hacerse el amor.

Ya se iba él, cerca de las diez, cuando Isabel quiso explicarle todo y, muy femeninamente, echarle a él la culpa.

36 —Yo te había invitado para darte esto.

Él abrió el sobre y la cara se le iluminó. La vio, sonriendo, se lo guardó en la bolsa y le dio torpemente otro beso. Se fue.

La criada vieja lo vio salir sin poder creer sus propios ojos. Y cuando Isabel la miró desde el cinismo de la dicha, la vieja empacó sus cosas y anunció que se iba. Isabel se alegró mucho, y al otro día se consiguió una jovencita picada de viruela.

Isabel despertó a las 9. Tenía el hombro dolorido por el peso de esa cabeza despeinada y dormida. Lo oyó respirar. Le vio la cara cerca, y le examinó los rasgos uno por uno, con una atención tan intensa y tan desprovista de propósito que el rostro próximo se le volvía, primero, desconocido, y después tan extraño como un objeto de otro mundo. Veía las fosas nasales, la piel pulida de la frente, las pestañas, alineadas una a una, tiesas. Formuló el nombre con los labios: Aristeo, y era como una palabra nueva de otro idioma. Se buscó a sí misma, y se le volvieron conscientes los latidos de todo el cuerpo, la tela del camisón, arremangado hasta la cintura, y sonaron voces y ruidos de la casa de huéspedes como partes de una escena aislada en la que no estaba nadie conocido. Se encogió, se abrazó después al muchacho dormido y lo besó

37

como alguien que al caer se ase de una cuerda. Eso: allí estaba ella otra vez, y los gruñidos de él eran parte de un mundo diario y seguro en que nadie pedía cuentas. Aquella sensación desagradable en que una sabiduría negra y enorme se había hecho sentir, había pasado. Ahí estaban el deseo y la ternura, inmediatos, alejándola de la boca de ese pozo en que el tiempo era mucho más largo que toda su vida y el mundo mucho más enorme y ajeno que este cuarto, y esta casa, y este puerto. Se sentó en la cama. Detrás de los visillos, el día seguía triste.

Se puso una bata floreada y fue al baño. La regadera tenía dos cadenas; ya jalara una u otra, seguía escurriendo muy poca agua, y muy fría. Alguien golpeó la puerta y en seguida trató de entrar.

—¡Está ocupado! —gritó.

Empezó a secarse, friolenta y enojada.

Cuando volvió al cuarto, Aristeo ya estaba vestido.

—¿No vas a bañarte?

—Hace mucho frío. Ya me lavé la cara —y la veía como temiendo una orden que lo mandara a la regadera.

“Escuincle sucio”, pensó. A veces la aburría; era tan ajeno, tan de otro mundo. Y empezó a vestirse.

Notó que Aristeo rumiaba algo sin atreverse a proponerlo. “Ha de querer irse solo”. Se puso el fondo, eligió el vestido.

—Fíjate que conocí un señor.

—¿Sí?

—Un señor que tiene un barco.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Un marinero?

—No, él es el dueño. Un barco de velas —y a prisa—: dijo que me invitaba a subir.

—Ah.

Eso era, un plan anterior. Pero no estaba dispuesta a soltarlo. Dijo, encogiéndose de hombros:

—Qué chiste tiene ir a un barco.

Y él supo así que su causa estaba perdida. Con gesto agrio abrió la puerta y ordenó:

40 —Anda, deja ya de pintarte. Vamos a desayunar.

Isabel, dócilmente, se retiró del espejo. Salieron del cuarto. Una niña trigueña y bien formada pasó con una escoba:

—Buenos días.

Aristeo supo al fin quién era la que había reconocido en el parque: la hija de la patrona.

Mientras, Isabel pensaba en voz alta, planeando cómo pasarían la mañana:

—Quiero que busquemos unos aretes de coral. En esas tiendas de curiosidades tienen cosas preciosas. Unos aretes bonitos, y después...

Las almohadas habían quedado manchadas de grasa. Isabel pensó que el muchacho no debería enmantecarse tanto el pelo. Arreglando la pieza (porque la vieja ya se había ido) la sobrecogió una extraña vergüenza, triunfante, exaltada. Con asombro, replegada en el fondo de sí, se veía cantar canciones pasadas de moda, se contemplaba cambiando las sábanas, gozosa, recordando. Muchos detalles volvían y volvían, y a menudo eran los más íntimos, los más obscenos. Y volvía a desear, y a avergonzarse, y a sonreír.

De repente se dio cuenta de que el muchacho no iba a regresar, y de que nunca se atrevería a buscarlo. Entonces dejó de limpiar, se sintió vieja, fatigada, “una vieja cochina y buscona”; ¿hasta dónde había llegado? “Nunca más”, se prometió, y al pensar en la película

del día, tuvo un gran sobresalto: tendría que buscarse otro cine, porque allí trabajaba él.

■ ■ ■ ■

42

Aristeo contó la aventura muchas veces. A los amigos de Tepito, a los otros vendedores. Trataba de que se acordaran de ella:

—¿No se acuerdan de ella? Viene muy seguido. La describía, detallaba intimidades, exageraba el dinero recibido, el número de asaltos y las excelencias ocultas de Isabel.

—Está re buena —concluía siempre.

La semana siguiente pusieron algo de Jenifer Jones, y a Isabel le pareció que nunca había tenido tantas ganas de ver una película. Se arregló con gran cuidado, y aunque trató de ver al suelo, cuando entró al cine, no despegó los ojos de la dulcería y de dos vendedores que bajaban. De pronto le pareció que no se acordaba bien del muchacho, y que nunca lo reconocería.

Uno de los amigos corrió a avisar:

—Oyes, creo que ahí está la vieja.

—¿Dónde?

—En el segundo. Ve a ver si ésa es.

43

Aristeo se precipitó escaleras arriba. La buscó entre los asientos vacíos, la encontró: era ella. Corrió a su lado, jovial, le apretó el brazo:

—Quihubo. ¿Por qué no habías venido?

Ella, con la boca reseca, sonrió:

—No había podido. ¿Cómo te va?

—¿Quieres un muégano? Te lo disparo.

Ella aceptó, y como estaban viendo los amigos, allá atrás, se sentó junto a ella y le pasó el brazo por la espalda. Después, preguntó:

—¿A qué horas vas a irte?

Y ella adivinó la intención y no supo qué decir. Él agregó:

—Si te esperas al final, nos vamos juntos.

Asintió. Humildemente, vio dos veces la película de Jenifer, más una de piratas y otra de vaqueros. Ahora estaban repitiendo ésta, y ella

no entendía nada de todos aquellos tropeles y balazos. Más allá de la mitad, llegó él:

—Ya vámonos —dijo.

44 Y salieron del brazo, con Aristeo despidiéndose en voz alta de todos sus amigos, e Isabel roja de vergüenza.

Las dos veces siguientes, él fue a la casa. La tercera vez, ella fue al cine y provocó un tumulto entre los vendedores, pero a uno que chifló, Aristeo le rompió la boca.

■ ■ ■ ■

A los dos meses, ya se veían regularmente, cada ocho días. Ella empezó a mirarlo con ojos críticos. Lo bañó, lo hizo que se cortara un poco el pelo, y le prohibió que usara tanta grasa. Le compró zapatos, ropa interior, después camisas y pantalones, porque él habló de que le gustarían. Parecía inteligente, y tuvo ganas de hacerlo estudiar, de hacerlo “algo”; lo oía contar de su casa y de su barrio y pensaba que no estaría mal

traérselo a vivir. Pero le daba miedo, parecía un compromiso y un problema, y ella llevaba mucho tiempo sin ejercer la voluntad. Así, todo era placentero y aunque tenía que esforzarse para ser cínica cuando veía de frente la situación, siempre hallaba modos para verla de perfil, o para no ponerle nombre a las cosas. Se hacía la ilusión de que aquello era un juego breve, casi nada. “¿O no tengo derecho?”, se preguntaba; pero no se respondía.

A los tres meses lo sorprendió apretándole la barriga y las tetas a la criada, cacariza y todo. Sin mayor trámite, lo sacó a empujones de la cocina, y lo cacheteó y después lo tiró a la cama. Por un momento se puso a imitar gestos y tonos del difunto marido, se echó sobre el muchacho, lo sacudió con arrestos viriles, después lo besó ferozmente, para acabar desnudándolo. Más tarde, se divirtió mucho recordando la escena, como si hubiera sido postiza, un juego, o una broma. Así, como un juego secreto que sólo

45

46 ella entendía, repitió varias veces esas violencias, que iban a terminar a la cama. No analizaba el porqué, pero disfrutaba un curioso placer histriónico en volverse activa, en agredir.

Aristeo se llevó una humillante sorpresa con la primera golpiza. Decidió corresponderla, pero no pudo. Isabel no era más fuerte, pero le daba respeto y un poco de miedo, como su propia madre cuando se le venía encima castigándolo. El epílogo era lo que más rabia le daba, cuando veía volar su ropa por la pieza y la mujer procedía sin tomarlo casi en cuenta, como si lo violara. Dejaba de verla, pero ella iba a buscarlo al cine, y ni modo que se dejara pegar delante de los cuates. Además, estaba a gusto; las viejas siempre cuestan, o están enfermas. Ésta no, y además le daba cosas, dinero. Nunca se puso a pensar en relaciones de afecto; Isabel era un hecho tan consumado como su familia y Aristeo se acostumbró muy pronto a aceptarla con la misma complacencia pasiva que lo ligaba a la madre, o a los hermanos.

47 El mar seguía picado y sucio. La resolana, mortecina, llegaba como luz de un fanal intermitente, se revolcaba por momentos en su propio reflejo y a los dos o tres tumbos era borrada por un vientecillo gris, que no dejaba rastros de calor o de brillo.

Isabel, con un chal sobre los hombros, bordaba grandes rosas en punto de cruz y repetía: “estás loco, te vas a helar”, cada vez que Aristeo llegaba, tiritando, junto a ella.

La playa parecía enorme, por sola. La silla del guardavidas, alta como la de un gigante, no tenía nadie sentado en ella. Detrás estaban los vestidores, abiertos unos y otros cerrados; adentro no había nadie y de vez en cuando sonaban sus puertas con golpes secos. A alguna distancia, un par de tipos que parecían pescadores volvían a ponerse sus ropas viejas sobre los cuerpos mo-

jados. Y era todo. Dos pelícanos flotaban confiadamente cerca de la orilla. Algunas gaviotas, mar adentro.

48 Aristeo corría, por calentarse, e Isabel lo veía empequeñecerse en la playa solitaria. Ella, en la silla de tijeras, continuaba su bordado. Aquel mar le gustaba, pero la ponía triste. Sentía ganas de musitar algo otoñal y marchito, como algunos versos que trataba de recordar: “espera la caída de las hojas”, o bien “... juventud, divino tesoro”. Pero no era eso, no era el otoño, era el norte, y más que un viento parecía un estado de ánimo. “Nostalgia”, “lejos”, “horizonte”, eran palabras que iban y venían sin conexión aparente, sugeridas por el mar plumizo y el cielo encapotado.

Aristeo llegó corriendo, con todos los vellos de punta, excitado por el ejercicio.

—¿Dónde está el habanero?

Ella buscó en su bolsa de costura y sacó el frasco. Él tomó un trago, la invitó con el

ademán. Ella, desganada, tomó también. Sentía sabroso el calor del líquido.

—¿No vas a vestirme ya?

—No —y se acurrucó junto a las piernas de ella, como un cachorro mojado, buscando calor. Después, sin transición, sus resortes volvieron de un salto a estar activos. Isabel lo vio correr hasta el agua.

—¡No te alejes mucho! —le gritó; porque no sabía nadar.

Él no la oyó. Ya estaba dando brincos y pataleos. Las olas lo tumbaban. Él tosía, y hacía buches involuntarios. Era como verlo luchar con un enorme animal doméstico.

El desconocido se detuvo a pocos pasos. La vio, se sonrió con ella. Puso después los ojos en el títere que las olas bailaban. Isabel pensó que “así son todos los de aquí, confianzudos y metiches”. Éste: delgado, de ojos claros y grandes, forrado con un chaquetón marino que indudablemente no era suyo. De momento lo juzgó guapo. Es-

peró la frase intrusa, con que los porteños invadían las vidas ajenas, pero él seguía sin hablar. Traía un pantalón estrecho y deslavado; ella se puso a pensar, rápidamente, que era un individuo antipático, y que ojalá se fuera. Aunque lo vio a la cara, para en seguida avergonzarse. “Va a pensar que le coqueteo”. Se puso a bordar con redoblada y meticulosa atención, sin dejar de sentir esa presencia insistente y próxima.

Aristeo llegaba corriendo, pero frenó un poco al ver al hombre, que le sonreía francamente, moviendo la cabeza. “¿Y éste?”

—Ah —dijo un largo “ah” de reconocimiento.

—Sí. ¿Por qué no fuiste?

—¿Al barco? No pude.

Se sintió cohibido, sin saber qué hacer. Isabel alzó la cara. El desconocido la veía ahora:

—¿Es tu tía?

—Sí.

—¿Quién es tu amigo, Aristeo?

Era una pregunta que ignoraba voluntariamente la cercanía del otro.

—Es el del barco.

Él sonreía, siempre. Tendió la mano sin decir nada, y ella tuvo que tomarla, esperando las frases de rigor. Él no las dijo y ella murmuró al fin:

—Mucho gusto.

—¿Y el barco? —Aristeo preguntaba dando saltitos, erizado de frío.

—Se fue. Yo me quedé aquí.

Aristeo empezó a secarse. Isabel veía con desconfianza a este individuo que ya no era un muchacho, aunque a ratos lo parecía. Tendría ¿veinticinco años? O poco más. La hacía sentirse agredida, sin que supiera analizar por qué.

—Dame otro trago —pidió Aristeo. Ella tendió la botella, lo vio beber.

—¿Quieres?

—Bueno —el otro aceptó. Tomó un trago pequeño.

Isabel limpió la boca del frasco, lo tapó.

—Voy a vestirme.

52 Así, corriendo, los dejó solos. Isabel se enojó verdaderamente cuando aquél se sentó en la arena, junto a ella. “Ahora va a hablar del norte”, pensó. El otro dijo:

—Me llamo Max —le quitó el bordado de las manos—: Qué bonito. ¿Usted pinta? —no esperó respuesta—: Es bordado de gente con sentido artístico. Muy buen diseño.

—Es... es un patrón de una revista —murmuró ella, tomada por sorpresa.

—Sí, todos son iguales. Pero el trabajo de los hilos... Muy buen color, da volumen. Muy bonito —devolvió la tela—. ¿De qué edad empezó a bordar?

Cuando Aristeo llegó, vestido y alegre, no vio nada raro en que estuvieran platicando de la madre de Isabel. Tardaron algunas frases en hacerle caso. Max se levantó y dio dos golpes al muchacho. El otro se puso en guardia. Boxearon, varios segundos. Max bajó los brazos.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó—.

Cada quien paga lo suyo.

Isabel quiso decir algo. Recogió sus cosas. Así era la gente del puerto.

53

—¿Usted es de aquí, señor?

—Dígame Max. No, no soy de aquí.

De momento, no supo qué hacer con la criada. “Esta pendeja va a pensar que estoy celosa”. Y no estaba, pero se le comunicaba la vergüenza de la muchacha, que ya no podía verla de frente. La corrió. 55

Cuando la vio salir, fingiendo llanto, con su atado de cosas, se sintió muy a gusto y escribió un letrerito, para ponerlo en la ventana: *Se solicita sirvienta.*

Llegó una gordita, de ojos esquivos, y le pareció demasiado joven. La vieja vino, humillada, a pedir que la aceptara otra vez.

—Yo no te corrí —dijo Isabel, y la dejó marchar, porque no quería jueces ni testigos.

Llegó también una costeña, menuda y acabada. Trabajaba con los vecinos de junto, pero estaba harta de ellos, porque tenían varias criaturas. Isabel le vio las canas y el cuerpecillo flácido. La aceptó. Además, ya la conocía.

Resultó jovial y cantadora. Con el menor pretexto se ponía a contar su vida, o a hablar de Veracruz. La primera mañana que Aristeo amaneció en la casa, Isabel observó de un hito a la mujer, espiándole algún gesto, o algún tono al hablar: nada. Y no era floja. Decidió, con alivio, que era muy buena sirvienta.

■ ■ ■ ■

En casa de Aristeo supieron pronto que tenía una querida. Él ya lo había contado por todos lados. La Güera fue la primera en enterarse, por su novio. La mamá le hizo chistes; como al descuido, habló del asunto y quiso saber dónde vivía “su mujer”. Aristeo, molesto, dijo el rumbo. Florencio fue el primero en pedir cosas: ¿Por qué no le conseguía con su vieja esa unos pantalones divinos que había visto? La mamá fue la última: pensó en voz alta que bien podría la amiga de Aristeo ayudarlas a pagar la renta del mes. Él no dijo nada, y se enojó, porque siempre le quitaban

lo suyo. Consiguió, sin embargo, los pantalones de Florencio y la renta que la madre quería.

■ ■ ■ ■

No era frecuente el insomnio, pero solía venir, sin causa aparente o por una taza de café. El muchacho no dormía siempre con ella, pero sí más seguido. Ahora la cansaba un poco. Era demasiado joven, con una sensualidad directa y sana, sin inventiva. La antigua indiferencia de Isabel por los actos mismos parecía querer volver, y se le hacía más patente cuando no podía pegar los ojos y se quedaba así, mirando al techo oscuro. Oía la respiración del otro y la sentía metida a fuerza en el sabido panorama de los ruidos nocturnos: los tronidos de los muebles, el agua en los tinacos, el tranvía. Comparaba entonces a esta Isabel despierta, con la otra, casi irreconocible de momento, la que daba medicinas al agónico general, o con la otra, más lejana, que lloraba la ausencia de su casa y de sus padres.

¿Qué relación había entre ellas? ¿Cómo era esa cadena de Isabeles distintas, que llegaba hasta ésta, y que parecía no tener futuro? De repente, junto a aquella respiración ajena, venía un temor agudo, a medias racional: él estaba llevándose algo precioso. ¿Qué le daba, aparte de este fastidio, y este calor excesivo y cómodo, y este abandono mutuo en que vivían como dos cuerpos dormidos? ¿Qué había en todo esto que no fuera un poco (¿un poco?) ridículo?

Encendía el radio que estaba en el buró: se colaba en el cuarto, muy quedo, la madrugada de la ciudad. Eran programas desde cabarés, los locutores parecían un poco ebrios y se oían los aplausos desgastados y los ruidos de la gente. Cantaban mujeres gangosas, las orquestas hacían mucho ruido. Todo eso venía muy quedo, como un tumulto secreto, muy misterioso, entre anuncios y descargas de estática. Ella nunca había estado en un *cabaret*. ¿Y Aristeo? No le preguntó, porque sabía que él gustaba de exagerar, o inventar

apariencias. Apagaba el radio cuando el sueño venía, despacio. Y con el sueño, la sensación de haber perdido algo, de no haber ganado nunca nada.

Después de aquellas noches, el despertar era molesto. Los ojos se le volvían críticos: él hacía ruido al comer, y decía disparates, y era vulgar. ¿Qué tenían ellos dos en común? Su familia había sido vulgar, el difunto marido era vulgar, pero ésta de Aristeo era una vulgaridad extranjera, joven y agresiva, que debía corregir o asimilar, y las dos cosas parecían imposibles.

Lo veía desayunar, lo observaba como a un extraño y no sentía ganas de hablarle: la criada y él platicaban, pero sus voces eran más ruido que sentido. Él parecía darse cuenta:

—¿Qué te traes tú?

—Nada —y le hacía un cariño en la mano para disimular.

Isabel anhelaba entonces el momento de estar sola. Y el momento llegaba: la casa volvía

a ser de ella; había tiempo para bordar, o para leer esas historias absorbentes que compraba en los puestos de revistas.

60 Aunque otras veces lo extrañaba, y no podía estar quieta hasta oír el golpe del aldabón. Entonces corría a abrir ella misma, y ella misma lo arrastraba a la cama. Desnudándose, reflexionaba a veces un segundo, y hubiera preferido que hicieran otras cosas, sin saber exactamente cuáles.

■ ■ ■ ■

Por cuatro días, la criada se fue a su tierra. Tenía al padre enfermo, dijo. Volvió contando primores del puerto, que estaba tan bonito, y tan grande.

—¿Tú de dónde eres? —preguntó Isabel.

—De aquí.

—¿Y tu familia?

—De por Toluca.

—¿Y nunca ha estado en Veracruz? —preguntó la criada.

—No. Tengo hartas ganas de ir.

—Yo estuve una vez, con mi marido...

Y vino el recuerdo de una casa de huéspedes muy limpia, con los muebles de bejuco y las cortinas de caracoles. También recordaba un baile, y unos portales, y unos amigos que nunca había vuelto a ver. 61

—... Pero hace ya tantos años. Me imagino que ahora todo ha de haber cambiado mucho...

Tomaban café con leche en los portales de La Parroquia. Había más gente adentro que aquí, y los ventiladores estaban quietos. Vieron venir a Max y él los vio desde lejos. Les hizo el gesto aquel, alzando una mano muy arriba. No quiso sentarse.

—¡Café con leche! ¿Qué están haciendo aquí? Vengan, les voy a invitar algo.

Los obligó a terminar en tres sorbos y los llevó al otro lado de la plaza, a los portales de una cantina ruidosa, llena en ese momento de marinos extranjeros.

—Llegó un barco holandés —les explicó.

—¿Y tu barco de velas? —preguntó Aristeo—. ¿No ibas a seguir viajando?

—Tuve... un disgusto —y pidió al mesero—: Tres *mint-julep*.

—¡Tres menyules! —amplificó éste mientras se alejaba.

—Hay dos ciudades en el mundo para tomar *mint-julep*. Nueva Orleáns y Veracruz.

—¿Y qué bebida es ésa? —preguntó Isabel.

64 —Ya verán.

Y vieron: los vasos chaparros y anchos, llenos de yerbabuena fresca y de hielo. Repitieron la dosis, por cuenta de Isabel, pues Max aclaró que no podía pagar otra tanda.

Un hombre colorado y velludo abrazaba a uno de los marinos, mientras los dos salían juntos al portal. Max lo reconoció, porque se levantó de un salto y fue hacia ellos. El marino se alejó unos pasos. El otro y Max discutieron violentamente, en inglés. El otro cortó las frases con un gesto y una voz más violenta. Sacó de la bolsa una cartera y dio dinero a Max. Éste dijo algo despectivamente, que enfureció al otro. Volvió a sentarse.

—Les invito las otras —tranquilo, como si nada hubiera pasado.

—¿Qué sucedió? —preguntó Aristeo.

—Nada. Me debía y no quería pagarme.

—¿Es un gringo?

—Sí. Es el dueño del velero.

Y lo vieron que se alejaba, con su holandés al lado. 65

■ ■ ■ ■

Era la tercera vez que estaban con Max. La primera, en la playa, y después habían comido juntos. Los había llevado a una fonda cochambrosa, de bancas corridas, donde la comida, dijo, era excelente. Les dieron una sopa de pescado llena de escamas que se pegaban al paladar; después, unos pulpos que sí eran muy buenos. Él habló sin cesar: de La Habana, del jazz de Nueva Orleáns y de los canales tan poéticos de Florida. Salieron y él preguntó dónde vivían. Después, se despidió. Isabel se quedó con una impresión de desconcierto, viéndolo caminar como si nada lo apurara.

—¿Cómo lo conociste?

—En el faro. Es cuate. Me cae bien.

A ella, no tanto. Porque entraba de golpe y se portaba como íntimo. Porque no preguntaba, pero observaba mucho. Y por alguna otra causa.

Caminaron rumbo a la casa de huéspedes, por inercia puesto que ya no iban a comer allá. El extraño había sido un fogonazo, que los dejaba ahora en una media luz de sentimientos incómodos.

—Vamos a tomar nieve —propuso Aristeo.

—Vamos.

Ya sabían ir al parque aquel, y al quiosco de la nieve. Tomando el helado, lentamente, Isabel pensó que aquel viaje no tenía objeto. No se había divertido realmente y de momento empezaba a extrañar su casa. La desmesurada impresión de alegría que tuvo al llegar, no se había repetido. El puerto estaba volviéndose una serie de caminatas sin sentido. Los objetos que había comprado le parecían impropios. Se tocó los aretes. Siguió tomando las cucharadas frías

y dulces. Estaba muy sola. Aristeo, quién sabe dónde andaba. Lo supo en seguida:

—Oyes. Qué a toda madre ha de ser La Habana.

—Sí —y el cine estaba allí enfrente—. Mira, una película de María Félix. ¿Vamos? —deseó que no aceptara.

—Bueno, vamos.

■ ■ ■ ■

A la noche siguiente, llegó a tocarles la patrona, muy interesada:

—Ahí los busca un hombre.

Por supuesto, Max, para llevarlos al rompeolas.

—¿Con este viento? —Isabel se negó.

Él se quedó a cenar con ellos, pagó su parte. Parecía aburrido e inquieto.

—Vamos nosotros —le propuso a Aristeo.

—Juega.

—Yo no voy a quedarme sola.

Aristeo se enojó, iba a decir algo, pero Max ya tenía otro plan.

68 —¿Saben jugar póquer?

Los dos sabían. Como venían a cenar otros huéspedes, se fueron al patio. La patrona tenía cartas, se las prestó. Max barajó primero.

—Cerrado. Yo doy.

Aristeo se exaltó inmediatamente. Mientras jugaban, empezó a preguntar:

—Oye, ¿qué tal las gringas?

—Pago por ver. ¿Las gringas? —se encogió de hombros—. ¿Qué tal de qué?

—Pues... Tercia.

—Yo nada, un as —dijo Isabel.

—Tienes corrida, tú ganas.

—¡Ay! —era cierto, pero el tuteo repentino la sobresaltó. Recogió las apuestas, lo vio con sorpresa, pero él no parecía darse cuenta del cambio en el trato.

—Tú das ahora.

La tuteaba de nuevo. Ella barajó torpemente.

—Hace siglos que no juego. Partan —dio.

La hija de la patrona se acercó a ver sobre el hombro de Aristeo.

69

—Oyes. Y con este viento, ¿qué tal se viaja en el barco ese?

—No se viaja. Se queda uno en el puerto.

—¿Pues no que se fue el barco?

—Quiero dos —pidió Max. Isabel le dio las cartas.

—No te me recargues —Aristeo, a la hija de la patrona.

—Oh, vaya.

—Pues tráete una silla, me estás encajando un codo.

La muchachilla se retiró unos pasos, estuvo a punto de tomar una silla. Se encontró con los ojos de Isabel y optó por irse.

Ahora daba Aristeo.

—Oyes.

—¿Qué?

—¿Dónde vives?

—Por la Aduana.

—¿Dónde está la Aduana?

—Luego vamos.

—¿Y aquí vas a quedarte a vivir?

—No, no creo.

—¿Te vas a México?

El otro caviló unos segundos.

—No. No sé. Quiero viajar.

—¿A dónde?

—A cualquier parte. Hay mucho que conocer.

Siguieron jugando. Isabel quería preguntarle de qué vivía, pero dudaba entre tutearlo o no. Por fin:

—Max, ¿en qué trabajas?

—Escribo.

Conque eso era, escritor.

—¿Y qué ha... qué has escrito?

—Estoy haciendo una novela.

Y sin embargo, Isabel sabía que los escrito-

res se morían de hambre. “Él ha de morir de hambre”.

La patrona apagó las luces, menos una, y dio vueltas, como esperando que acabaran el juego. Lo acabaron.

—¿Salimos a caminar? —propuso antes de irse.

—No, Dios mío —con un tono de “qué locura”.

—¿Y tú? —al descuido, sin ver a Aristeo.

—Pues... no —le dio flojera. Si aquél lo llevara a la zona roja, pero no tenían dinero—. Mañana.

Al otro día no vieron a Max. Fue hasta el siguiente que se les apareció en La Parroquia.

Con el ropero abierto y la maleta sobre la cama, Isabel seleccionó lo que debían llevar. Aristeo había guardado ya sus cosas. El radio estaba encendido, él bailaba pasos de cha-cha-chá por la pieza, con gestos precisos y seria convicción. De repente la tomó por la cintura y ella se rió, con vergüenza:

—Suéltame, tengo cosquillas.

—¿Desde cuándo?

Siguió empacando. Él hurgó en el ropero y sacó un álbum grande, un poco desencuadernado. Lo hojeó.

—¿Y éstos, tú?

—Mis papás. Deja eso, está muy viejo.

Él no hizo caso. Volvió otras hojas: caras tiesas, cartones amarillentos, mordidos de polilla.

—¿Y éstos?

—Mis abuelos.

Él hizo un gesto apreciativo. Luego salieron los tíos, y otra vez los padres: todos muertos. El álbum evocaba una larga serie de velorios. Vinieron dos primas antipáticas: las visitaba cada mes, y ellas correspondían de vez en cuando. No se querían. Las dos mujeres contaban con heredarla, pero Isabel pensaba que ellas se morirían antes. “Y de todos modos, no les dejaré yo nada”.

Había una tía de noventa y dos años, a la que llevaba regalos de vez en cuando, pero ya estaba muy ida y nunca se acordaba exactamente de quién era Isabel.

—Ésta eres tú, ¿verdad?

—Sí, hace quince años.

El sacó la foto, se la embolsó.

—Dame eso, para qué la quieres —aunque la halagó melancólicamente el gesto—. Claro, como allí estoy joven...

—Ahora estás mejor, a lo macho —le apretó las nalgas y siguió bailando por la pieza.

Ella pensó varias cosas:

“¿Me querrá?”

“Es por halagarme”.

“Ojalá que no me quiera”.

“¿Por qué ojalá que no me quiera?”

“Este vestido es muy fresco, y esta blusa...”

Tenía un sentimiento vago de no querer darle nada, ni el placer ni la compañía. Era mejor darle cosas, dinero.

—Te hace falta un traje completo, para el viaje. Y unos pantalones blancos. En la tarde vamos a comprarlos.

—¡Juega! —feliz, sin dejar de bailar.

Se fueron de día, en tren, porque el viaje nocturno habría planteado el problema de comprar una o dos camas, y las dos soluciones llenaban de confusión a Isabel.

La criada se mostraba tan entusiasmada como si fuera con ellos.

—No dejes entrar a nadie. Te voy a escribir dónde paremos, por si algo se ofrece.

—¿Cuántos días van a estarse?

—Una semana, o unos diez días.

—Dos semanas, dos semanas, no hay que ser.

—Y que te corran del cine.

76

—No.

Pero la verdadera excitación llegó hasta que tomaron el coche, y creció más en la estación, con los dos campanazos que prevenían la salida, mientras ellos corrían por el andén. Él llevaba al hombro la maleta y estaba más nervioso que ella.

—¡Órale, pícale, que se arranca!

Se dejaron caer en los asientos como quien conquista una plaza, aunque había lugar en el carro.

Y cuando arrancaron, Aristeo abrió la ventanilla y sacó bien la cabeza, para ver correr la ciudad hacia atrás.

77

Estaban alegres con las copas. Caminaron al malecón. El viento había cesado y un calor húmedo y salado brotaba de repente, como de un frasco que se rompe.

Era jueves, de nuevo. La plaza estaba llena de gente y, mientras se alejaban, empezó a oírse el estrépito dorado de un vals de latón. Se sentaron en una banca frente al mar, viendo las barcas, como cunas, o columpios. Pasaban parejas, pasaban grupos de muchachas escotadas que emitían carcajaditas y se apretaban unas contra otras. Ellos, callados, veían al agua y a la gente.

■ ■ ■ ■

Isabel se sintió soñolienta. Era el alcohol. Estaba muy a gusto, no le hacía falta nadie. Se puso de pie.

—Me voy a dormir. No se paren. Yo me voy sola.

—Bueno. Yo voy al rato.

—Adiós, Max —se dieron la mano.

—Hasta mañana.

La vieron cómo se iba despacio, con un andar despreocupado y aún juvenil.

—Vamos a caminar —propuso Max.

Lo hicieron en sentido contrario.

—Oyes, ¿tú sabes dónde es la zona?

—Sí.

—¿Vamos a dar la vuelta? Traigo lana.

Max se encogió de hombros y siguió, sin hacer caso.

Ahora estaban frente a una gran fuente, sin hablar, viendo a los pescadores de piedra. Aristeo pensaba que aquel Max no traía dinero, o que... Lo observó. “¿Qué se traerá este cuate?”

Como penínsulas, las últimas bancas avanzaban rumbo al mar. Ahí se sentaron. Detrás tenían la gran caja de vidrio de un edificio so-

litario y luminoso; el suave resplandor que les llegaba subrayaba el silencio con una evidencia creciente. Eso hacía el mar: hipnotizaba; creaba un silencio hueco, de oscuros lengüetazos; borraba el tiempo inmediato; creaba un gran tiempo, lleno de trascendencias desconocidas. Max empezó a silbar algo dulce, una melodía larga que emocionó curiosamente a Aristeo. La cortó de pronto:

—Vámonos juntos —dijo.

—¿Cómo?

La voz se le atoró levemente. Tosió, no había entendido la propuesta, pero las dos palabras lo habían asustado sin motivo.

—¿Qué dices?

—Vámonos juntos. ¿No querías viajar? Yo consigo el barco.

Ahora sí le latía el corazón. Iba a contestar. Vio muy cerca la cara del otro. Desvió los ojos. Ahí estaba otra vez el viento, empujando nubes, alejando el calor.

—A poco tienes barco.

—Podemos irnos trabajando. Hoy hablé con un carguero que va a La Habana.

Quizá porque el viento estaba enfriándose, Aristeo sintió muy evidente el calor animal del otro. La Habana.

—Oyes, Isabel...

—¿Qué?

—Pues... es mi querida. No es mi tía.

—Claro, me imaginaba. Y te daría dinero, ¿no?

—Pues... para irme, no.

—Claro. No le dirías que te ibas. Yo tengo un poco.

Se vieron. Aristeo empezó a preguntar:

—¿Por qué...? —se interrumpió. Desvió los ojos—. Es que la vieja es reata, a lo macho. Y... ella siempre ha sido muy reata.

—¿Con quién más anda? ¿No tiene marido?

—No. No tiene nada. Nomás yo —esto lo llenó de orgullo al decirlo así, por primera vez, y le agregó a Isabel un valor nuevo—. Es viuda.

—¿Viuda? ¿Y tú nada más?

Le veía las cejas levantadas, la sonrisa a punto de brotar. No quiso parecer ingenuo, ni desdecirse.

—Ah, qué la chingada. ¿Pues a ti que te importa?

Max se levantó. Parecía enojado, o herido más bien. Aristeo quería agregar algo, pero el otro le daba las espaldas. “Bueno, total... ¿La Habana?” Era un nombre lleno de bongós, de rumbas. Era una isla. ¿Era?

—Oyes. ¿La Habana es una isla?

—Cuba es una isla —se le acercó. Le apretó el cuello suavemente, como quien toma el cuello de un cachorro—. Qué, ¿te animas?

—Pues... pues a ver.

—¿Sí? —sacudiéndolo un poco, con cariño.

—No, no sé. Vámonos —levantándose, porque se sentían muy chistosos los dedos de ese cuate.

—¿Y tu vieja esa, qué?

—¿Qué de qué?

—¿Vas a avisarle? Si le avisas, no te suelta.

82 —Pues dije que a ver, ¿no? ¿De qué chingaos te ríes?

—De nada.

Y ya no hablaron hasta la puerta de la casa de huéspedes. Allí, Max le apretó los hombros y dijo con suavidad:

—Hasta mañana.

Los dos venían llenos de sudor. Afuera de la ventanilla pasaba una oscuridad calurosa; las luces de los pueblecitos eran menos frecuentes que las luciérnagas, y por encima del rumor de las ruedas se adivinaba un estruendo de insectos.

83

—¡Tejería! —llegó el grito.

—¿No hueles, Aristeo?

—¡Ya huele a mar!

Detenidos por un momento, y otra vez a seguir, viendo perderse en las tinieblas a las vendedoras de cocos.

—¡Los cocos!

Y esa violenta, ruidosa actividad, les dijo que ya estaban en el puerto. Recibieron tarjetas de cuatro o cinco casas de huéspedes, y varios muchachillos, cetrinos, pajonudos y flacos, se los disputaban como una posesión.

—¡Ya viene conmigo la señora!

—¡No, viene conmigo!

—¿Verdá que ujté viene conmigo?

84 Eran voces altas y cantarinas, carentes de eses, que duraron asediándolos lo que el tren en deslizarse hasta el último grito:

—¡Veracruz!

Aristeo los espantó a manazos, como a una nube de mosquitos, cuando quisieron quitarles las maletas. Le gritaron groserías y se fueron tras otros pasajeros.

La gente hervía, corría, hablaba con un estrépito extraordinario. Parecía más bien el alegre público de un incendio.

Tenían que tomar un coche. Isabel trató de situar aquella casa de huéspedes, y dijo al fin la única dirección que recordó:

—Callejón de la Campana.

Llegaron a la esquina. Ella le preguntó al chofer:

—Por aquí había una casa de huéspedes, muy limpia...

El chofer señaló un letrero que colgaba allí, a veinte pasos.

—Ha de ser ésa.

—Sí, creo que sí —a sabiendas de que no era. 85

Entraron. Esos mosaicos blancos y negros, esos helechos, las mecedoras, el zumbido del ventilador. Era como un gran júbilo caliente, que flotaba en el aire quieto de la calle y se pegaba a las paredes de este patio. “Me siento como una luciérnaga”. Iba a decirlo, pero pensó en la carcajada que soltaría Aristeo.

Entonces vino la patrona.

—¿Quieren un cuarto?

Les presentó un gran libro de registro, muy pringoso y ajado. Isabel firmó elaboradamente, con minucia: Isabel Ayala Vda. de Díaz. Aristeo habría querido firmar él, pero permaneció quieto mientras la patrona preguntaba:

—¿Con dos camas?

—¡Naturalmente! —se sintió una actriz exquisita. Hizo un estudiado cariño maternal al

pelo de Aristeo, sonrió—: Ya está muy grande el muchacho.

86 Qué gracia tenía todo, qué viveza y qué comodidad, qué sabroso sabor perverso.

La patrona gritó mientras firmaban:

—¡Ángela! ¡Arregla el siete!

Se cambiaron de ropa. Por ser la primera noche, Isabel decidió que cenaran fuera. Pero antes de salir se besuquearon largo rato, se manosearon un poco y no fueron a la cama porque Isabel quiso prolongar la excitación.

—Vamos a cenar, anda. Vamos primero a cenar —actuando ahora la muchachita rendida de pasión, dando a Aristeo el papel de hombrón dominante y divirtiéndose con lo absurdo del reparto.

Ya en el patio, notó los ojos con que Ángela veía a Aristeo.

—Aristeo, ¿no invitas a la niña a venir con nosotros? —como una amable tía que quiere amigos para el sobrino consentido.

—Oh, qué la... —refunfuñó Aristeo.

Y salieron riéndose a carcajadas, los dos, porque la risa de Isabel era contagiosa.

■ ■ ■ ■

Aquel café tan limpio, surcado por meseros de blanco y por el viento fresco de los ventiladores.

—¡Yo estuve aquí! ¡Es La Parroquia! Era. Y todo tenía un sabor especial.

■ ■ ■ ■

Después, el gran descubrimiento del mar. Había una luna deforme, que chisporroteaba en el agua. El chapoteo constante, bajo sus pies, era un idioma extranjero, que los hacía sentirse en otro país.

Caminaron despacio rumbo a la casa de huéspedes. Se perdieron. La encontraron.

Con la llave, tomaron un periódico del mostrador.

—Es el periódico de aquí. A ver qué dice.

88 La frágil puerta de la pieza se cerró tras ellos. Isabel trancó con una silla y se dejó desnudar por el muchacho. La ropa se les pegaba en el cuerpo y sus pieles sabían diferente, llenas de sal.

■ ■ ■ ■

Después, con los sentidos en paz, eran como dos plantas en un invernadero, sumergidos en una tranquilidad sudorosa que parecía la dicha. Este calor, esta plenitud, fueron el punto más alto y significativo del tiempo que habían pasado juntos.

■ ■ ■ ■

El frío la despertó a medias. Empezó como una vaga incomodidad, que la obligaba a contraer los músculos, hasta sentirlos doloridos. Se apretó contra Aristeo, pero era un calor parcial, que no bastaba para todo su cuerpo. Oía ruidos curiosos, que la atemorizaban. Y el calor no volvía.

De pronto, la ventana se abrió de par en par con un violento golpe. Un resoplido enorme se precipitó sobre la cama, como si el mundo exterior, toda la noche, se les echara encima.

89

—Aristeo, Aristeo. Ve a cerrar la ventana. Pero él no despertaba. Se removía y no quería oír.

Había empezado el norte.

Aristeo había llegado temprano. Isabel no abrió los ojos; sintió cómo se quitaba la ropa sin permitir que el hecho le rasgara los vapores de una somnolencia frágil y deliciosa, que él penetró casi en seguida, poseyéndola. Por eso ahora, contra lo usual, ella no quería despertar y él ya daba pasos inquietos en la media luz de la pieza cerrada.

Espió la calle.

—Qué a toda madre día. ¿No te paras, tú?

—Mh, no —y se dio vuelta, temiendo que él dejara entrar la luz—. Vete a ver el mar, ¿no quieres?

Él caminó de un lado a otro, sin decir nada. Parecía inquieto, o algo así. ¿Se habría quitado el norte?

—Bueno, vuelvo al rato.

Lo oyó salir, alejarse. Pudo cerrar los ojos y sentirse sola, muy plenteramente. Volvió a

dormirse. Empezaron los golpecitos en la puerta. No quería despertar, pero allí estaban los nudillos menudos y cuidadosos de muchos enanitos. Abrió los ojos, pero los golpecitos seguían. Se puso la bata y las chanclas. Abrió. Era Max.

—¡Ay, Dios mío! —quiso correr, huir para arreglarse.

—¿Te desperté?

—No, ya había... ¿Me esperas? Estoy... horrible.

Y él pasó, como si hubiera entendido que debía esperar allí, en la pieza. Pareció desconcertado.

—¿No volvió anoche Aristeo?

—Sí, es que... —¡y aquella cama sin desbaratar! (La deshacían por las mañanas, para evitar sospechas), “pero este hombre se mete de improviso”—... Aristeo la arregló antes de salir.

—¿Arregló qué? Ah, la cama —una sonrisa curiosa. Se sentó en aquella colcha intacta—. Temí que... Como lo dejé temprano...

—Sí, llegó a buena hora, pero se fue hace un momento. ¿No quieres esperarme?

Con la vigilia plena, volvió a ser capaz del tuteo. Salió presurosa, llevándose algunos objetos del tocador.

Cuando volvió, el otro estaba tendido en la cama, fumando. “¿Y ahora cómo voy a vestirme?”

Max, contra su costumbre, no dijo nada. La vio de arriba abajo, con una expresión que la puso incómoda. Terminó por sentarse frente a él y buscó de qué hablar.

—... Y... ¿ya acabaste tu novela?

—Casi. Me faltan doscientas páginas.

Ella se asombró.

—Es muy larga —un silencio—. Yo he leído muchas novelas —no recordó más que las pornográficas. Buscó y buscó, y sólo venían a la memoria páginas prohibidas, algunas con ilustraciones. Repitió débilmente—: Muchas novelas.

—¿Cuáles?

Se espantó. En un segundo recorrió toda su biblioteca. Murmuró al fin, con alivio:

—*Los tres mosqueteros.*

Y enrojeció, como si hubiera dicho algo enorme.

Ahora Max parecía divertido.

94 —Muy buena novela.

Ella se sintió transparente, incapaz de ver la cara de aquél.

—Y... ¿de qué es la que escribes?

—Sexo, psicología... Un poco de aventura a lo Hemingway. Y mucho sexo.

—Ah.

Un silencio. Él volvió a verla con esa especie de curiosidad irónica.

—¿Tienes frío?

—No —él lo había notado. “¿Por qué estoy temblorosa, por qué?” Le dieron ganas de llorar, pero se le fueron cuando él habló otra vez.

—El día estaba bonito, pero ya volvió a enfriarse. ¿Me oyes?

—Sí.

—¿Es que estás tan lejos! Acércate, ¿no?

Despertaron en un día gris, de luz raquítica y maligna. El desayuno en el comedor les pareció sórdido; el sonido de los platos y las tazas era evidente, tal vez porque no había otros ruidos. 95

No daban ganas de salir a la calle, pero tampoco de quedarse aquí. Y afuera les esperaba otra sorpresa: llovía un agua menuda e invisible, que en un momento empapaba la cara.

Fueron al malecón y el mar estaba espantoso, brincando sobre la acera, encharcando las bancas.

En una tienda de curiosidades entraron, a ver cosas. Ella se quedó con una peineta de carey, por fastidio. No tenía ganas de hablar, pero la enojaba el silencio malhumorado de Aristeo.

—¿Qué quieres comprar? —vio la menuda profusión calcárea. “En esta tienda no hay más que animales muertos”.

Dos tortugas enormes, disecadas, con sus ojitos de vidrio; erizos, caracoles, estrellas, caballitos; conchas de todos tamaños y colores, pegadas unas con otras en las combinaciones más abominables.

—Mira, está a toda madre, ¿no? Para mi jefa. Pagó la peineta y la caja forrada de caracoles. Salieron otra vez.

Se subieron a un tranvía, y así vieron muchos balcones de madera, muchas casas con patios arenosos, muchas calles empedradas y enyerbadas, al final de las cuales se veía un pedacito de mar turbio. Pagaron dos veces y volvieron por fin al punto en que habían empezado. Vieron al tranvía que se alejaba con sacudidas de animal mojado y campanazos de reprobación.

—Vamos a comer.

■ ■ ■ ■

En la tarde se metieron a un cine y en la noche a otro.

Ya acostados, se hicieron el amor sin entusiasmo, y se murieron de frío, hasta que él se levantó y trajo las cobijas de la cama sin ocupar. El norte hacía ruidos lúgubres y sacudía las hojas de la ventana.

■ ■ ■ ■

—¿No iré a cambiar este tiempo?

Ángela sonreía y daba esperanzas:

—Mañana se compone.

El día estaba gris, pero ya no llovía. Una tibieza vaporosa se mantenía presente, mientras no venía aquel viento a llevársela.

“Un día igual al de ayer”. Caminar por las calles, descubrir parques y estatuas, quioscos de nieves, cines destartados de madera. En la tarde volvieron a ver dos películas. Se durmieron temprano.

Al otro día, Aristeo estaba inquieto como un perrito en celo.

—Yo no quiero salir, ve tú. Pero no llegues tarde. Voy a quedarme para bordar un poco.

98 Lo vio dar cuerda a aquel reloj barato y ostentoso que ella le había regalado. Lo vio salir. Entonces, procedió como si estuviera en su casa. Se arregló cuidadosamente; se puso uno de los vestidos nuevos. Tomó bastidor e hilos y fue a sentarse a la cuadrícula del patio. Con gestos mecánicos, reanudó la labor interrumpida en México. Sabía que aquél llegaría tarde. “¿Se irá a buscar mujeres?” No importaba. Trató de ver qué le importaba de la historia, y no lo supo: era una relación inmutable y sencilla, y era difícil verle finalidad o dirección. No es que tratara conscientemente, pero algo en ella protestaba contra la fácil mecánica de todo, contra aquel no avanzar, suspendidos en una cálida nube.

“Aristeo... Aaa... ris... teo. Aaa... riis... teo...” Acompañaba así los movimientos de la aguja, hasta que el nombre se convertía en cuatro sílabas que nada querían decir. Así, hilo

a hilo, ella también se iba vaciando de todo, hasta ser una unidad con las flores geométricas y planas: “Aaa... riis... teo. Aaa... ris... teo...”

En aquella simetría sin sentido brotaban frases mínimas y desaparecían otra vez, al ritmo de la aguja: “Ahora... hilo verde para las hojas... Aaa... riis... teo... Es más fácil que deshilar... Ojalá no llegue tarde a comer... Después, hilo rojo más oscuro... Aaa... riis... teo... Aaa... riis... teo...”

99

Cuando llegó a desayunar, Isabel no estaba. Ángela le dijo: 101

—Su tía y su amigo se fueron a pasear juntos —y se balanceaba sobre las puntas de los pies.

—Ah. Dame de desayunar.

—Ya no es hora —sonrió, para espiar el efecto de la frase siguiente, en tono muy especial—: De todos modos, voy a darle yo, ¿eh? Siéntese.

■ ■ ■ ■

Isabel caminaba con una congoja inexplicable, sin saber a dónde iba. Tenía vergüenza de ver al muchacho. “Se va a dar cuenta”, pensaba. “¿Por qué ha de darse cuenta?”

Max salió con ella, pero lo despachó:

—“Déjame sola, ¿quieres?” —y se había ido, sin ver hacia atrás, llena de aquella vergüenza espesa y de un remordimiento confuso.

No podía pensar bien. Quería darse razones: “No nos hemos prometido nada. Él ha de hacer lo mismo”. Quería encontrar consuelo: “No tengo por qué lamentarme. Fue muy agradable”. ¡No, no había sido agradable! Y apresuraba el paso, sin rumbo, como huyendo de algo, como si Max fuera a alcanzarla para empezar todo de nuevo.

“Marrana, vieja marrana”, y esas palabras le permitieron llorar, mientras seguía corriendo casi, por las calles desconocidas y arenosas.

■ ■ ■ ■

Aristeo comió solo. No es que temiera nada, pero lo molestó la ausencia de Isabel. “Cabrona, ¿dónde estará?” En esos breves días, una rutina se había creado, y de él había sido, hasta hoy, la potestad para romperla.

Hacia el postre, llegó Max.

—¿Estás comiendo solo?

—Sí. Isabel se... se fue a dar la vuelta.

Salieron juntos. Él venía callado, un poco absorto, y por eso no se extrañó con el silencio de Max. Se sentaron frente al mar. Allá, en el otro muelle, un barco echaba una humareda pesada, que caía hasta las solas y allí flotaba un poco, antes de ser borrada por el aire. Humo negro, agua gris, cielo negro. Hacía frío.

—¿Qué pasó? —dijo Max.

—¿De qué? Ah, ¿de eso de La Habana? No sé.

—No, con Isabel.

—¿Qué pasó de qué?

—¿Te dijo?

La sensación fue como la del miedo: algo entumecedor desparramándose. Ahí venía, como un gran peso colgante cuando hemos visto que la cuerda se rompe, hilo a hilo.

—¿Me dijo qué? —preparado ya.

—Yo no tuve la culpa, ni ella... Llegué a buscarte, y estaba levantándose, en bata...

No oyó el resto con precisión, pero de todo el discurso se desprendió la imagen pornográfica

de Max encima de Isabel, muy clara, como si la hubiera visto. Eso no lo esperaba, ni sabía exactamente qué efecto le hacía. Hubo un silencio.

—No le digas que te conté —otro silencio—. Oye, el barco sale mañana.

¡El barco! Descargó el primer golpe sobre la boca, calculando el lugar en que podía hacer más daño. Disfrutó la sorpresa y el pequeño grito del otro. Volvió a golpear. Max se levantó del asiento, con torpeza. Empezó a defenderse. Un grupo de chiquillos llegó a dar gritos al espectáculo.

—¡Tú le daj, cabrón!

Le había dado. Se alejó, frotándose la barba, que le dolía un poco. Isabel y Max. Desde que entró, vio la puerta entreabierta. Allí estaba Isabel.

No se dijeron nada. Él le pegó en la cara, le torció el brazo, la tiró al suelo, todo en silencio, respirando con pesadez. En realidad, no había nada más que decir.

—Vieja puta.

La pateó, y entonces sí gritó ella, pero él sintió el dolor con claridad, un dolor agudo, desconocido, físico. Fue como si él mismo hubiera gritado.

Salió corriendo, desencajado, porque no toleraba verla así. En la calle estaba Ángela. Se acercó a ella, despacio.

—Ay, ¿está enfermo?

—Vamos al cine, tú.

(Qué rara le salía la voz.) Porque allí, en la ventana, se había levantado la punta de un visillo. Tomó a la niña por la cintura, sin notar sus risitas ni sus protestas. Sólo sentía la punta de ese visillo, con un ojo detrás. El visillo cayó.

Él soltó a la criatura.

—Ya me voy.

Y se alejó, sin más, como un borracho, sin poder ver claramente dónde ponía los pies.

Isabel empacó todo, y cada objeto era un sollozo y un grito. “Aristeo, Aristeo”, cada repetición llena de escenas, de gestos. La historia en-

106 tera venía y venía, llenándola, llenándole la vida entera los años oscuros del general, los años futuros en su casa vacía. Porque ahora iba a esperar, con esa terca seguridad de quien espera lo que no llegará.

Allí, sobre la cama, todas sus cosas, y el boleto de regreso y algún dinero. Cuando él llegara nada más eso habría en el cuarto. “¿Pero volverá al cuarto?” ¿Cómo podría avisarle que ella se iba ya?

La caja de caracoles: un sollozo. El traje nuevo: un grito casi. Moqueaba, se secaba las mejillas hinchadas. Si cuando menos durara siempre la huella de estos golpes.

■ ■ ■ ■

Así, de pronto, inexplicablemente, ya era de noche. Estaba cansado, tenía ganas de vomitar. Oyó sonar una sirena y se dio cuenta de que tenía frío. Vio en derredor: los barcos de carga, las cuerdas, los bultos bajo las lonas. Empezó a caminar.

Allí estaba la estrecha pasarela del rompeolas. Había estado tanto tiempo en lo oscuro que veía muy bien. El mar ya no era negro: era de un color nuevo y espeso, muy lustroso, 107 lleno de jadeos y gestos inesperados. Vio unas cuantas estrellas y muchas nubes. Caminando, contó los faros. Uno, dos, tres... Eran siete. Vio correr en círculo el rayo de luz más próximo; ahora pasaba encima de su cabeza; qué aprisa. Se iba al horizonte, sin llegar; volvía. Y allá, en donde brotaba, una chispa marcaba el fin de cada círculo. Tropezó varias veces, por venir alzando la cara. Le pareció que había un sonido equivalente para la luz del faro; lo oía, mejor que imaginárselo, lo oía con la piel, con el estómago, una larga nota muy aguda, como vibración de serrucho, para la carrera en círculo, y una campanita de cristal para la chispa. Quiso hacerla con la boca: no, no era eso. Volvió a verlo, y a oírlo. Entonces le cayó la gran ola encima, y él gritó. Se quedó allí parado, chorreando

108 agua, riéndose a carcajadas, quitándose el pelo empapado de los ojos, palpándose el cuerpo, lamiéndose la sal de los labios. Nunca había estado tan solo. Adivinaba algo confuso, más bien lo deseaba intensamente. Vino la imagen de Isabel, la rechazó indignado. Rechazó también su casa y todo lo que conocía. Seguía chorreando agua y sollozando, y deseando sin palabras. Era consciente de su propio cuerpo empapado, de los tumbos del mar, de los colores del cielo, del agua helada. Era él mismo, dueño de sí, con la boca y los ojos llenos de sal.

Empezó a correr, brincando charcos, hacia el faro.

México, D. F., febrero, 1956 - mayo, 1957

El norte, de Emilio Carballido, se terminó de editar el 21 de junio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



